

Realismo político y crítica ética: una tensión esencial. Comentarios al libro *El Poder y el Valor* de Luis Villoro ¹

AMBROSIO VELASCO GÓMEZ
Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM

Introducción

El libro recientemente publicado de Luis Villoro, *El poder y el valor*, es una obra que continúa y profundiza temas centrales de su libro anterior, *Crear, saber, conocer*². Mientras que en esta obra Luis Villoro centraba su interés en el análisis del saber objetivo propio de las ciencias, en *El poder y el valor* discute y elucida problemas del conocimiento vinculado a los valores y a la acción, tanto en el plano ético como en el político. La diferencia entre este tipo de conocimiento y el saber objetivo constituye la primera de una serie de dicotomías o, mejor dicho, oposiciones conceptuales que establece Villoro a lo largo del libro, tales como cognoscitivo-afectivo, individuo-comunidad, razón-tradición, disruptivo-reiterativo, moralidad-ética, poder-contrapoder, democracia procedimental-democracia radical, etc. En cada capítulo Luis Villoro analiza con finura y rigor las tensiones entre estos opuestos y las integra en torno a la tensión esencial entre el mundo del poder y el mundo del valor. En la primera parte de esta presentación haré una síntesis muy esquemática del análisis que hace Villoro de algunas de estas tensiones y de la posición que él adopta. En la segunda parte expondré mis desacuerdos principales con algunas de sus posiciones.

Parte I: Las tensiones en torno al poder y al valor

En los capítulos iniciales, Villoro elucida el concepto de valor y las características del conocimiento de los valores. A diferencia del saber objetivo, basado en razones suficientes que garantizan su validez, en el caso del conocimiento de valores no puede determinarse un conjunto de condiciones necesarias y suficientes que garanticen su aceptación racional entre los miembros de una determinada comunidad. Más que un conocimiento objetivo se trata de «un conocimiento personal». Pretender que el conocimiento de los valores pueda tener una objetividad científica implica un dogmatismo peligroso. Pero Villoro advierte que el hecho de que las creencias sobre valores no tengan que ser objetivas, en el sentido en que lo son las creencias científicas, no las condena a un relativismo escéptico y a la irracionalidad de los caprichos subjetivos. El dilema de tener que escoger entre dogmatismo o relativismo escéptico surge solamente si se plantea que la única racionalidad es la científica. «Detrás del científicismo acecha el nihilismo», sentencia Villoro. Para superar este dilema, Luis Villoro propone otro tipo de racionalidad que no es demostrativa, ni arriba a juicios apodícticos y universales. Se trata, dice Villoro, utilizando una expresión de Carlos Pereda, de una «racionalidad incierta».

Este tipo de racionalidad busca un equilibrio (variable) entre un componente fác-

tico y descriptivo de los valores y un aspecto afectivo y emocional. Desde esta perspectiva, Villoro considera al valor como «las características por las que un objeto o situación (aspecto fáctico) es término de una actitud favorable» que involucra un factor afectivo, de estima y aceptación. Tales características pueden ser efectivamente experimentadas en objetos o situaciones del mundo real, o bien proyectadas por las intenciones de las acciones en un mundo imaginario que, al mismo tiempo que es deseable, desvela las carencias del mundo real que es necesario subsanar. Cuando estas carencias son determinantes para la vida humana se convierten en necesidades básicas, y precisamente un valor objetivo es aquello que satisface alguna necesidad básica común, a diferencia de una apreciación subjetiva de valores en objetos o situaciones experimentadas o proyectadas, que tan sólo satisfacen sensaciones subjetivas de carencia.

Luis Villoro reconoce que lo que cuenta como una necesidad básica varía de cultura a cultura, pero afirma que entre todas las variaciones culturales subyacen tres tipos de necesidades generales: bienes indispensables para la sobrevivencia, autonomía y libertad personal de elección para dar sentido a la vida y pertenencia a una comunidad con una cultura y una determinada estructura jerárquica de valores. Así concebidas, las necesidades básicas y los valores objetivos que les corresponden introducen una tensión esencial en la vida de los hombres entre fines y valores individuales que afirman la identidad personal y fines y valores comunitarios que afirman la identidad colectiva. Esta tensión puede ser arbitrada o bien por un razonamiento por parte del individuo (valoraciones originales) o bien por reconocimiento de la autoridad de algunas valoraciones derivadas. Estas distinciones le permiten a Luis Villoro caracterizar a la ética política como aquella en la que se debaten valores objetivos en la arena pública y no meramente

en el ámbito de la conciencia privada, en la que los valores atienden no tanto a fines individuales sino a fines comunes, así como a su relación y jerarquía respecto a los fines individuales y a la vida privada. En cuanto la ética política trata fundamentalmente de un complejo de relaciones de ciertos valores, necesariamente genera una continua tensión entre los factores opuestos constitutivos del conocimiento de los valores: lo fáctico y lo afectivo, lo individual y lo comunitario, lo personal y lo público, lo aceptado por razonamiento y lo heredado de las tradiciones culturales. (Nótese en esta última tensión la oposición entre razón y tradición, que cuestionaré más adelante.)

Luis Villoro analiza distintos pensadores clásicos que abiertamente exponen y en algunos casos tratan de resolver estas tensiones. Maquiavelo, Rousseau y Marx son claros ejemplos de autores que desarrollan en sus obras dos tipos de lenguajes o discursos: uno descriptivo, explicativo, técnico, científico, y otro afectivo, normativo, cargado de juicios de valor.

En cuanto a la tensión entre una ética personal, fundada en la aceptación racional de valores y normas valorativas por parte de la persona individual, y una moralidad con fundamento de valores y sistemas normativos dominantes en una determinada sociedad, Villoro sitúa en un extremo a la ideología, como pensamiento moral reiterativo de los valores y normas socialmente aceptados, y en el otro extremo la utopía, como pensamiento disruptivo de lo dado en la sociedad y en las tradiciones heredadas. La utopía carece de eficacia para realizar aquellos valores que proyecta en su crítica a las instituciones, normas y prácticas establecidas, mientras que la ideología, si bien es muy eficiente para orientar y regular las acciones de los hombres en un sociedad determinada, carece de potencial crítico para evaluar y eventualmente transformar el estado de cosas existente. Ante este dilema Villoro defien-

de con mucho tino una ética política situada entre los extremos que, al mismo tiempo que preserve su potencial crítico, muestre su eficacia en la transformación de la realidad. A mi manera de ver, el equilibrio reflexivo entre ideología y utopía, entre el pensamiento reiterativo de la moralidad social que justifica un marco institucional vigente y la crítica ética a esa moralidad y marco institucional no sólo es el rasgo fundamental de la ética política que Villoro defiende, sino también uno de los conceptos fundamentales de toda auténtica teoría política³. El mismo Villoro señala estas tensiones en obras clásicas de teoría política como en la república de Platón, especialmente en el diálogo entre Sócrates y Trasímaco que se desarrolla en el primer libro de la *República*, en el pensamiento político de Maquiavelo y en diferentes teorías de la democracia. Creo que más que tratarse de dos formas de pensamiento, de dos tipos de lenguajes o de dos tipos de teorías que eventualmente se traslapan sin intención o propósito por parte del teórico político, en cada una de estas obras se trata de un solo discurso con matices plurales en el que el autor busca propositivamente un equilibrio con pretensiones persuasivas entre lo descriptivo y reiterativo y la evaluación crítica y propositiva. Volveré a este punto más adelante.

En los capítulos finales del libro, Luis Villoro discute desde su perspectiva de la ética política diferentes tradiciones de la filosofía política. Su discusión se centra en dos tipos de concepción de la asociación política: aquellas, como la hobbesiana, que privilegian el orden social y las concepciones de la tradición liberal que consideran como valor prioritario la libertad. Mientras que a las primeras le pueden corresponder diferentes formas de gobierno, las segundas únicamente pueden adoptar un régimen de gobierno democrático.

Al analizar las teorías de la democracia, Villoro identifica de nuevo dos tratamientos distintos del concepto: aquellos que

enfatan un sentido descriptivo, que caracterizan el funcionamiento de un sistema institucional, y aquellos que subrayan un sentido eminentemente valorativo que postula la libertad positiva del pueblo para gobernarse a sí mismo. Esta tensión interna del concepto de democracia la utiliza Villoro para cuestionar éticamente las democracias liberales existentes en nuestros días y, al mismo tiempo, para postular un régimen democrático sustantivo o radical que reivindique los ideales fundamentales de la democracia como gobierno del pueblo para el pueblo, y al mismo tiempo preserve las libertades individuales principales. Este análisis de las diferentes concepciones de democracia resulta muy pertinente para una comprensión crítica del proceso de transición democrática que estamos viviendo en México. Más específicamente, en el último capítulo del libro Luis Villoro argumenta que, a menos que la comunidad sea reivindicada como un agente político fundamental, y que se reconozca que el pueblo no es homogéneo e indiferenciado, sino constituido por una pluralidad de comunidades, la democracia no podrá efectivamente alcanzar su ideal ético y, en el mejor de los casos, se limitará a reproducir el sistema de dominación vigente. De esta manera se hace patente que el libro de Villoro no sólo es una obra filosófica rigurosa y original sobre ética y política, sino también un ejercicio ejemplar de crítica ética de la política, crítica que desde mi punto de vista constituye lo esencial de las grandes obras de la teoría política.

Parte II: Algunos desacuerdos

Mis desacuerdos con Luis Villoro son principalmente de matiz e interpretación. Quisiera referirme principalmente a tres puntos relacionados con diferentes oposiciones: saber objetivo-conocimiento de valores; valoración racional-valoración tradi-

cional; ética del contrapoder-ideología del poder.

Primeramente, creo que no puede sostenerse una diferencia radical entre el saber objetivo de las ciencias y el «conocimiento personal» de los valores y las acciones. La filosofía de la ciencia post-positivista (que no posmoderna) muestra que la racionalidad propia de las ciencias no presupone un conjunto de condiciones cognoscitivas que garanticen el conocimiento objetivo en una determinada comunidad epistémica. En especial, la idea de un método algorítmico confiable para aceptar o rechazar racionalmente hipótesis y teorías ha sido totalmente descartado. En su lugar, la idea formulada por Pierre Duhem, desde principios de siglo, de que el progreso racional de la ciencia depende no de los métodos impersonales, sino del buen sentido y juicio prudente de los científicos, ha ganado aceptación en la filosofía de la ciencia post-popperiana (a pesar de los explícitos esfuerzos de Popper y Lakatos por domesticar metodológicamente «el ambiguo buen sentido de Duhem»). En especial cabe destacar la influyente obra de Polanyi que tiene por título precisamente *Conocimiento Personal*. Polanyi argumenta que este tipo de conocimiento es fundamental para la empresa científica. Thomas Kuhn, y posteriormente filósofos como Laudan, Hessc y Hacking, entre otros, también integran el conocimiento personal y el conocimiento heredado de las tradiciones científicas como esencial para el progreso racional de las ciencias. Todos ellos estarían de acuerdo en que también la racionalidad científica es una «racionalidad incierta», o flexible, o como prefiero llamarla, prudencial. En este sentido, quiero sugerir que el modelo del conocimiento de valores que propone Villoro también resulta apropiado para el saber objetivo de la ciencia. A la luz de los desarrollos recientes de la filosofía de la ciencia creo que no hay mayor diferencia entre saber científico y conocimiento de

valores. En este sentido, la concepción de Villoro del conocimiento de valores podría generalizarse para constituir un nuevo monismo epistemológico opuesto al cientificismo que atinadamente él critica: no es el conocimiento científico como lo entienden los positivistas el modelo de todo conocimiento y racionalidad, incluyendo al conocimiento ético, sino, por el contrario, es el conocimiento ético como lo entiende Villoro el que nos da la pauta para comprender el conocimiento científico como lo entienden los post-positivistas.

El segundo punto de desacuerdo tiene que ver con la asociación que hace Luis Villoro entre racionalidad, persona individual y ética, por un lado, en oposición a aceptación acrítica, tradición y moralidad social, por otro. El tema es central en la filosofía contemporánea. Luis Villoro sostiene que la reflexión ética del individuo sobre la moralidad social le permite tener un juicio racional sobre qué aceptar y qué rechazar de lo dado en la tradición cultural y social a la que pertenece. Este inventario personal y crítico de lo que ha dejado la tradición es el punto de partida para tener una posición autónoma en la vida pública, posición que eventualmente podría llegar a coincidir con otras y formar así una nueva concepción moral colectiva, una nueva ética disruptiva y crítica de la dominante. En todo caso, la posibilidad de una moralidad colectiva éticamente fundada será siempre opuesta al poder y al orden social. En este sentido la democracia radical, que está éticamente fundada, es un pensamiento disruptivo y utópico en relación con la democracia liberal en existencia. Sobre esto quiero señalar un problema: ¿Desde dónde hace el individuo la crítica a la moralidad social? Parecería que Villoro reconoce como único fundamento de la crítica racional un substrato ético individual que trasciende a toda moralidad social, a toda tradición. Al igual que en la filosofía de la ciencia (Kuhn, Laudan y Hacking) y en

la hermenéutica contemporánea (Gadamer) se reconoce que no hay racionalidad fuera de alguna tradición específica, me parece que también habría que reconocer en el campo de la ética y de la política que el lugar de la reflexión racional está siempre en el ámbito de las tradiciones y no en el plano individual. Esto no quiere decir que no puedan criticarse los valores y sistemas normativos de las tradiciones. Como lo ha señalado Peter Winch y más recientemente Alasdair MacIntyre, el diálogo entre una pluralidad de tradiciones es un potente mecanismo de crítica racional de las pretensiones epistémicas, éticas y políticas de nuestra propia tradición. La autonomía se extiende así de los individuos a las comunidades y a las tradiciones.

Otro problema importante es la idea que me parece apreciar en Villoro de que el único tipo de moralidad social éticamente fundada es la que resiste y se opone al poder, la del contrapoder. Si éste fuera el caso entonces parecería que jamás podría existir un gobierno auténticamente legítimo⁴, ni siquiera lo sería un régimen democrático sustantivo o radical cuando llega a realizarse e institucionalizarse. Creo que esta cuestión se deriva de un problema principalmente terminológico: Villoro únicamente entiende al poder como ejercicio de la fuerza o violencia de un grupo sobre la sociedad. Así entendido coincide con su punto de vista, pero creo que convendría examinar otra alternativa: poder como consenso de la comunidad para autodeterminarse. Este concepto de poder está presente en la tradición republicana de teoría política desde Maquiavelo hasta Hannah Arendt. (Por cierto,

dejo para otra ocasión mis discrepancias con la interpretación de Luis Villoro sobre Maquiavelo.) En esta tradición el concepto de poder se opone al de fuerza y violencia y presupone la existencia de un consenso comunitario ética y racionalmente fundado⁵.

Me parece que reconocer la posibilidad de una moralidad social que efectivamente pueda ser el fundamento ético de un poder político comunitario es muy importante para la defensa de la democracia sustantiva, radical o, como prefiero llamarla, republicana. Asimismo, el reconocimiento de la racionalidad de tradiciones comunitarias es también esencial para defender, como lo hace Luis Villoro, la superioridad ética de este tipo de democracia sobre la democracia liberal, que lejos de garantizar el poder del pueblo sobre el pueblo, de hecho, en nuestros días, tiende a ignorarlo sin confesarlo.

Conuerdo plenamente con esta crítica de Villoro a la democracia liberal, comparto su esperanza y entusiasmo por la democracia radical, la rehabilitación política de las comunidades y el pluralismo cultural. Pero me parece que el limitar la racionalidad y eticidad del conocimiento valorativo a la reflexión crítica que el individuo puede desarrollar sobre lo dado en la moralidad social y lo transmitido por las tradiciones no está epistemológicamente fundado ni es del todo consecuente con los valores fundamentales de la ética política que Luis Villoro sostiene y defiende en este espléndido libro, que sin lugar a dudas es una expresión ejemplar de la mejor tradición de teoría política.

NOTAS

¹ Luis Villoro, *El Poder y el Valor, Fundamentos de una Ética Política*, Fondo de Cultura Económica, El Colegio Nacional, México, 1997.

² Luis Villoro, *Crear, saber, conocer, Siglo XXI*, México, 1982.

³ Sobre la tensión esencial en el significado de los conceptos políticos entre un sentido valorativo que expresa propósitos éticamente fundados y un sentido descriptivo que apunta hacia prácticas convencionales e institucionalización, véase Hanna Pitkin, *Wittgenstein*

and Justice, University of California Press, Los Ángeles, 1972, pp. 185-192.

⁴ Para una concepción de la legitimidad del poder político basada en el reconocimiento racional por parte de los gobernados véase, por ejemplo, León Olivé, *Razón y Sociedad*, Fontamara, México, 1996, cap. 5.

⁵ El mismo Luis Villoro, al final del libro, alude a este otro sentido de poder. (Cfr. pp. 366-377.)